

miento de la infanta; todas las villas y ciudades aragonesas ménos Teruel, Daroca, Calatayud y Huesca, se alistaban en la Union; el rey de Castilla la fomentaba; los infantes hermanos de Don Pedro la acogian gozosos; tropas castellanas la sustentaban; Valencia crecia en ardor y entusiasmo; el mismo rey de Mallorca, vencido pero no resignado, amagaba un golpe; y D. Pedro IV, al verse tan amenazado mandó en su regreso á Cataluña que no se tuviese por gobernadora á su hija, y que se gobernara solo en nombre del rey. En su crónica nos dice la causa de esta determinacion: «Car conxiem que á tot lo general déls règnes nostres, axi lo régne de Aragó, e lo régne de Valencia, axi mateix lo principat de Cathalunya sabia greu que á fembres, apremort nostra, pervenguéssen los règnes nostres.» No puede darse un testimonio más elocuente de respeto á la opinion pública. Y sin embargo, esta determinacion ya no era bastante á extinguir aquel voraz incendio.

II.

Los peligros eran graves, la guerra cierta, el descontento general, la rebelion amenazadora, la resistencia escasa; pero tambien la voluntad del rey era incontrastable y su pensamiento fuerte, vigoroso, tenaz. De un lado estaban los infantes con toda su cohorte de guerreros, aragoneses y castellanos, prontos á vengar en un dia las afrentas recibidas en muchos años; estaban los ricos-hombres, nunca saciados de privilegios, nunca bien avenidos con la paz, gozosos al oír el grito de guerra como el caballo que piafa antes del combate; estaban los mesnaderos, clase más inferior en categoría, pero no en aspiraciones, como advertida por su instinto de que aquellas luchas habian de traerle algun nuevo derecho; estaban los pueblos, desplegando su bandera municipal, reuniendo sus milicias, anhelantes de poder, res-

pirando en el aliento de aquella gran tormenta política la esperanza de nuevas libertades; y ricos-hombres, mesnaderos, infantes, pueblos, se unían en un solo propósito: conseguir la integridad de las leyes, propósito que daba más alto valor á sus encendidos corazones, más vigorosa fuerza á sus robustos brazos. Y de otra parte ¿qué había? El rey, solo el rey; pero con su imaginación sombría, con sus premeditados cálculos, con sus perfidias, con su saña, y sobre todo, con su pensamiento. Es el pensamiento el espíritu de los hechos históricos, la sávia poderosa que hace florecer una gran institución, la vida de una causa. El rey puso los ojos en su idea, y se cruzó de brazos y esperó en silencio la hora de la victoria.

A su lado se levantaba un hombre sombrío también, porfiado y tenaz, tardo en decidirse por una causa, pero constante; cenobita salido de un convento para volver á las luchas del mundo; exaltado en su celda por el genio de la soledad, que inspira melancólica grandeza al pensamiento; preocupado, como hombre superior, por la idea de aquel siglo; devoto á la autoridad real hasta el

extremo de ofrecerla su conciencia, de intentar levantarla del polvo por medio del crimen; hombre que tenía en poco la vida de los demás hombres, en mucho la causa de la monarquía; astuto también, sí, también hipócrita; especie de satélite que recibía luz y calor y vida del alma de su rey. Este hombre se llamaba D. Bernardo de Cabrera.

El rey dejó á los acontecimientos que tomaran toda la expansión posible, á fin de que así le fuera más fácil dominarlos por su mismo desorden, y sintiéndose débil, apeló á la astucia. Comenzaba á inquietarle el de Mallorca, é indeciso entre acudir á la guerra á que le retaba la Union, ó á la guerra á que le retaba el de Mallorca, parecióle ménos peligro el exceso de libertad que la contingencia de menguar su patrimonio. Así, después de alguna incertidumbre, mientras estaba con el pié en el estribo para ir en busca del rebelde al Rosellon, convocó para Monzón Córtes, y pidió caballerías á sus vasallos por medio de su canciller. Estos se negaron, porque la petición no venía derechamente del rey, y porque diz que necesitaban las caballerías para asistir á las Córtes.

El rey con su mirada de águila comprendió el semblante que tomaba aquella gran revolucion. En Perpiñan, rodeado de sus fieles compañeros, con el presentimiento de sus próximas desgracias en el corazon, y la idea de superarlas en la mente, tomando por testigo á Dios, como si le quisiera hacer su cómplice, puestas las manos en el Evangelio, los ojos en la imágen del Crucificado; alzando con entereza la voz, declaró que fuesen tenidas por de ningun valor cuantas concesiones hiciera á los de la Union, por falsos cuantos juramentos les prestara, por irritos cuantos derechos les otorgase, pues la fuerza únicamente seria poderosa á vencerle, y de antemano protestaba solemnemente contra tal victoria. Firmada y sellada esta determinacion del rey, partióse contra el de Mallorca, dando así tiempo á la Union para organizar sus fuerzas y para aprestarse á la terrible lucha.

Comenzó, pues, el rey á contar sus elementos de resistencia. Contaba con la lealtad de Cataluña, con los ricos-hombres y caballeros de su casa, con algunos señores más que le habian de

buena voluntad rendido el pleito homenaje; con D. Pedro de Jérica, que habia conseguido apartar á Játiva y Cocentaina de la Union de Valencia y atraer bajo su bandera algunos caballeros; y además contaba muy seguramente con las divisiones, rencillas y luchas que pensaba procurar en el enemigo bando. Así, vuelto á Barcelona de su expedicion al Rosellon, viendo que los aragoneses deseaban tener Córtes en Zaragoza, se decidió á celebrarlas en esta ciudad. Mientras el rey organizaba la resistencia, los de la Union se apercebían á la defensa de sus fueros. Viendo los progresos que contra la Union hacia la autoridad del señor de Jérica, decidieron confederarse aragoneses y valencianos. Despues de mútuos juramentos, despues de recibir al pié del altar la hostia inmaculada en testimonio de la pureza de sus intenciones, se convinieron en pública concordia. Comenzaban declarando que en nada querian menguar ni desconocer la autoridad del rey; seguian diciendo que su union era legal, justa, como basada en el derecho que de resistir al rey, cuando faltase al fuero, habian logrado desde los tiempos

de D. Jaime II. En sus protestas de amor al rey, de respeto á las fórmulas legales, hechas en el punto mismo en que oprimian la autoridad real, desatando todo linaje de luchas, como altercados vientos, sobre el reino, se muestra claramente el carácter aristocrático de este pueblo, que á la manera de Roma y de Inglaterra, aun en los instantes de más desquiciamiento, invoca para santificar su causa el símbolo inviolable y sagrado de la ley. Despues de convenir en su respeto al monarca y á las leyes, deciden procurar que la sucesion del reino vuelva á su verdadero ser y estado; que no se consienta nunca mengua alguna en las antiguas libertades; que sea condenado á morir á manos de los de la Union todo el que conspire ó se levante contra ella, ó aconseje al rey cosa alguna en su daño; que se nombre un Justicia en Valencia encargado de velar por el cumplimiento de las leyes; que los de la Union tengan derecho de nombrar gran parte de los consejeros del rey y á los ricos-hombres de la real casa; que todos los años se reuna parlamento; que no pueda el rey nombrar para su consejo caballeros del Ro-

sellon; que los jurados de Valencia y Zaragoza puedan convocar la Union siempre que vean algun peligro inminente ó dañado algun derecho.

Viendo tanta audacia el rey, quiere tener las Córtes en Monzon, pretestando la necesidad en que estaba de ocurrir á la guerra con el de Mallorca. Las Córtes de Monzon era un triunfo para D. Pedro. Allí tenia á sus espaldas en los desfiladeros de las montañas de Lérida á los fieles catalanes, prontos á caer sobre los que fueran osados á poner la mano en el rey. Las Córtes en Zaragoza eran un triunfo para los de la Union. Allí tendrian acorralado al rey como en rehenes, en medio del hervidero de tantas pasiones, que jugarian con él, sin que pudiese de ninguna suerte apaciguarlas, antes muy expuesto á perderse y ahogarse en sus amargas ondas. El rey resistia, pero los aragoneses le recordaban que no habia tenido Córtes nunca en Aragon. El rey les pidió un salvo-conducto, y se indignaron de que se les juzgara desleales; pensó concederlo á los de la Union, para que fueran á su córte, y lo rechazaron por inútil. No habia remedio, el rey cedió,

partiéndose para Zaragoza. Los de la Union habian triunfado.

En todo el camino á la capital del reino de Aragon le asaltaban al rey grandes temores; pero tenia mucha fé en sí mismo. Al acercarse á Zaragoza salieron á recibirle los de la Union con gran compostura. Iban á la cabeza de la comitiva los infantes, lujosamente engalanados, luciendo lustrosas armas. Seguíanle los ricos-hombres y los procuradores de las villas. La Union igualaba de tal suerte las condiciones, que andaban aparejados un rico-hombre y un ciudadano como en señal de su fraternidad, de su armonía ante el comun peligro. Quinientos castellanos y ochocientos aragoneses, bien armados, completaban el cuadro, mostrando al mismo tiempo que eran la última razon de los aragoneses contra el rey. El recibimiento fué frio y ceremonioso; el rey procuraba sonreirse, pero la sonrisa se apagaba en sus pálidos lábios contraídos por el ódio; los de la Union procuraban mostrarse respetuosos, pero el respeto se avenia mal con aquellos francos semblantes que rebosaban ira, y aquel ruido de armas que pre-

sagiaba la guerra. Al llegar á la Aljafería, aposento del rey, le saludaron humildemente, y volvieron grupas á la ciudad sin dirigirle una palabra.

Abriéronse las Córtes en San Salvador. La iglesia presentaba un imponente aspecto. A la derecha del coro se hallaba en un banco el infante D. Jaime, á la izquierda el infante D. Fernando, y al lado de uno y otro los ricos-hombres de más elevada alcurnia, como los Urreas, los Lunas, los Corneles, los Blascos de Alagon. A un lado del altar mayor los obispos y arzobispos, el embajador de Francia, el nuncio del Papa, el abad de Monte Aragon; y al otro lado los mesnaderos y caballeros. En el centro de la iglesia se levantaban los ciudadanos y en el altar mayor el rey. Sus partidarios, las gentes de su casa tuvieron que tomar asiento en las gradas del altar, y algunos en el frio pavimento. Nunca se habian visto Córtes más numerosas ni más imponentes.

Al entrar los catalanes, consejeros del rey, murmuraron los de la Union; mas cuando subió de punto su enojo, fué cuando vieron entrar á los

procuradores de las villas que no siguieron su partido. Nadie les quería dar asiento. El rey mandó á los de su casa que se estrecharan, y los sentó entre los suyos. Subió enseguida el monarca al púlpito que estaba cubierto de ricos paños de oro, y en tono humilde, más pidiendo que imperando, se congratuló de la reunion de las Córtes, se sinceró de no haberlas convocado antes, confesó ser gran amigo de la libertad, trató de calmar á los de la Union, y concluyó loando á todos sus vasallos, y haciendo la apología de la gloriosa corona que llevaba sobre sus sienes. Contestáronle D. Jaime por los ricos-hombres, el obispo de Huesca por los demás asistentes, y todo concluyó en contento y alegría. Sus ondas se duermen y se mecen blandamente, reflejando la celeste claridad del firmamento, pero los huracanes hierven ya en sus profundos abismos.

Continuaron celebrándose las Córtes en el antiguo monasterio de predicadores. Mas sucedió que como si trataran de mantener una guerra, se presentaron los de la Union armados de todas armas en las Córtes. El rey lo supo, se indignó,

hizo que se prorrogaran remitiendo su celebracion al dia siguiente, obligó al municipio á dar un bando, prohibiendo andar con armas por las cercanías de las Córtes, y ordenando que algunas compañías de peones y caballeros velasen por la seguridad de aquella augusta Asamblea. Al dia siguiente fué el rey á las Córtes; entraron con él D. Bernardo de Cabrera y el arzobispo de Tarragona, y así que los vieron entrar se levantaron algunos diputados, pidiendo que inmediatamente salieran, y como el rey se resistiese, lo pusieron á votacion y quedó decidido, con gran desdoro de la autoridad real, que no pisasen el sagrado recinto de las Córtes.

Tal determinacion hirió muy profundamente al rey que se apercibió á tragar á grandes sorbos el cáliz de la amargura, para vomitar despues toda aquella hiel en la frente de sus enemigos. Estos pidieron al rey en la sesion que les confirmara el antiguo privilegio de la Union, y el rey se resistió, diciendo que era irritó tal privilegio, puesto que sesenta años lo habian abolido, haciéndole caer en desuso. Pidiéronle que les concediera

nombrar los consejeros y los de su casa, y el rey se negó á ello, y en seguida le pidieron que les entregara diez y seis castillos, y en rehenes sus más fieles amigos; y el rey abandonó las Córtes airado, refugiándose en el refectorio del convento. Armóse entonces singular desórden, unos crispaban los puños, otros maldecían tal rey, otros agitaban en sus manos los antiguos privilegios, todos le cercaban, le oprimían como para lograr de su temor lo que no habían logrado de su voluntad; mil amenazas poblaban el aire, y aun se oyó á algunos decir que había sonado la hora de elegir otro rey, usando del derecho que les concedían sus fueros; y todo era estruendo, y confusion, y tumulto en el sagrado templo de Dios y de las leyes. Para remediar tan grande altercado, propuso el rey que se pusiera la discordia en manos del Justicia, mas conociendo que era inútil y aun dañosa toda tregua, despues de conversar con D. Bernardo de Cabrera, se decidió á cederlo todo para despues recobrarlo todo. Confirmó despues de seis dias de dudas el privilegio de la Union, entregó en rehenes sus más hermo-

sos castillos, sus más fieles servidores; arrojó de su lado á sus consejeros, y humildemente recibió á los consejeros que la Union había propuesto; humilló la frente, guardó en el pecho su rabia y dejó pasar este gran castigo del cielo.

Solo el rey, nada hubiera podido hacer, sino tascar el freno. Pero la Providencia le había deparado á D. Bernardo de Cabrera, realista tenaz y porfiado, que ponía todas sus pasiones y todas sus ideas á servicio del rey, y D. Bernardo de Cabrera comenzó una lucha astuta contra la Union, lucha parecida á la de una serpiente con un leon.

Había dos fuertes y enemigos bandos en Zaragoza, como solía suceder en casi todas las ciudades en la Edad media, y con el cebo de las promesas atrajo á su partido á los dos jefes de estas parcialidades, lo cual equivalía á ganar toda Zaragoza. Uno de estos jefes, Garcerán de Tarbes, ganó para el rey el corazon de D. Lope de Luna, caballero de la más alta alcurnia, emparentado con la familia del rey, rico en feudos, y más rico aun en poderosas amistades; altísimo señor, que debía con la influencia de su nombre arrastrar en

pos de sus pasos la parte más granada de la aristocracia. Aunque recelosos los de la Union habían tomado mil disposiciones para impedir que ninguno de sus jefes hablara con el rey, la astucia de D. Bernardo de Cabrera burló sus recelos, é introdujo en la cámara del rey á D. Lope de Luna, que se llevó tras sí algunos poderosos nobles, y todos de consuno olvidaron sus antiguas quejas, y se unieron por medio de juramento, á la bandera real. Pedro IV habia logrado un triunfo inaudito; habia desunido á los aragoneses.

A los pocos dias de esto sucedió un triste lance en las Córtes. Empezaron los de la Union á leer peticiones tan escandalosamente audaces, que el rey no pudo contener su cólera. No les bastaba tenerle como siervo, nombrar sus consejeros y sus criados, robarle el derecho de convocar Córtes, poseer sus mejores castillos, guardar sus más fieles servidores; necesitaban humillar más la monarquía que habia caído en sus manos. D. Pedro, fuera de sí, arrojando rayos de sus ojos, trémulo, ahogado por la rabia, ciego de ira, ex-

tendió sus brazos á donde estaba el infante don Jaime, le apostrofó, le conminó en durísimas palabras diciéndole que no bastaba á su saña amontonar sobre la cabeza del rey aquellas desordenadas peticiones, propias solo para turbar el reino, sino que traidor por naturaleza, incitaba tumultos populares, y escupia blasfemias á la frente del que era su señor; por lo cual estaba atrayendo sobre sí todo el peso de la divina y de la humana justicia. Esta cólera del rey, que podria parecer nacida de improviso, inspirada por los acontecimientos, fué muy de antemano preparada, pues el rey cuenta en su crónica, que habia mandado poner cerca del infante dos caballeros armados de puñales, para que en caso de que se desmandara cerrasen con él y le asesinaran en las mismas Córtes.

El infante, lejos de mostrarse altivo, se levantó respetuoso, y como si hubiera recibido honda herida, se dirigió humildemente al rey, diciéndole que sentia mucho devorar tal afrenta, como venida de quien tenia por padre; pero en el calor del discurso, arrebatado por el fuego de

su pasión, se volvió al pueblo, y con ademán altivo y audaz mirada señaló al rey exclamando: que era muy de compadecer un pueblo entregado á un señor, el cual si insultaba así á sus iguales, á sus hermanos, ¿qué no haría con sus vasallos? Armóse gran tumulto; quiso hablar un Urrea, y el rey le impuso silencio; pero más imprudente un camarero del infante se levanta á excitar á los presentes contra el rey; dice que era necesario lavar aquella afrenta; extiende sus brazos como loco al pueblo, y no contento con estas amenazas, abre la puerta de la iglesia, sálese á la calle y con desapoderada ira, comienza á pedir armas, á llamar á grandes voces á los amigos de la libertad y de los fueros del reino. La gente popular se abre camino irritada y rabiosa, entra como oprimido torrente por la puerta, se desborda en lo ancho de la iglesia, y la inunda; puebla el aire de mil confusos gritos, rompe y destroza cuanto á su paso se opone, se acerca encrespada al rey como para devorarlo; y el rey y sus amigos, desnudas las espadas, formando como un espeso muro, se retiran paso á paso, logran ganar la

sacristía, salen á la calle, huyen á todo huir á su real palacio, y dejan las Córtes anegadas en aquella desoladora tormenta.

Al ver tan desacatada su autoridad, tan herido su poder, el rey dudó si abandonaría á Zaragoza, dejándola entregada á sus discordias. Una idea le retrajo de llevar adelante este proyecto; el recuerdo de los caballeros que en rehenes tenían sus enemigos, recuerdo que muestra algún rayo de compasión en su alma. D. Bernardo de Cabrera, que creía poca cosa la vida de un hombre cuando se trataba de la salud del rey, le instó para que sin parar mientes de los rehenes ni en sus desgracias, se partiera prontamente de Zaragoza, y contára por muertos á los fieles servidores que estaban desgraciadamente en poder de la Union. El rey no se atrevió á seguir este consejo; más humano, más decidido á luchar, se resignó á sufrir la última humillacion antes que á clavar por sus propias manos un puñal en el pecho de sus más fieles amigos.

Mientras esto sucedía, nuevos peligros amenazaban la corona; en Córcega y Cerdeña cundía vo-

ráz insurreccion; en el Rosellon amagaba D. Jaime; en Bugia aprestaba el africano armadas contra Mallorca, y Pedro IV andaba desasosegado y confuso en pos de algun remedio á estos males. Decidióse á cerrar las Córtes: mas como eran tan zelosos de su libertad los aragoneses, no quiso dar este arriesgado paso sin haberles antes satisfecho en todas sus quejas y accedido á todas sus demandas. En el monasterio de frailes predicadores, en 24 de Octubre de 1347, se celebró el sόlio ó la despedida. Confirió la investidura de gobernador del reino á su hermano D. Jaime; anuló el juramento prestado á su hija; remitió al Justicia muchas causas pendientes; satisfizo todas las peticiones; dió la razon que le movia á cerrar las Córtes, y aseguró solemnemente que volvería lo más pronto que le fuese posible á convocar y reunir Córtes en Zaragoza. Dicho esto, se levantó el Jurado de Zaragoza, Ezpital, á declarar que por la prerrogacion hecha de las Córtes, no pudiese nunca seguir daño alguno á los fueros, leyes y libertades aragonesas; y confirmado así, separáronse los diputados. Así que el rey se vió libre de

las Córtes, respiró; habia visto cuán imposible era traer á la razon á los de la Union por medio de la ley, y se decidió á vencerlos por medio de la fuerza. Hechas ya todas las concesiones posibles, devolvieronle los caballeros de los rehenes, que recibió con gran placer como muy amigos suyos, y además porque los necesitaba en aquella extraordinaria contienda.

Hecho esto, no se detuvo un punto, y se apercibió á dejar á Zaragoza, ciudad donde habia apurado toda suerte de amarguras, donde habia visto pisoteada su autoridad, donde habia sido el escarnio de sus enemigos; ciudad que le abrumaba como al infeliz cautivo su negro calabozo. Dijo su determinación á los consejeros nombrados por las Córtes, y les requirió para que le acompañasen; mas ellos, conociendo al rey, se excusaron por temor de que les mandára ahorcar cuando los tuviese en Cataluña. Salió D. Pedro de la ciudad con tal precipitacion, que muchos nobles apenas tuvieron de su salida noticia, y á los que le acompañaron miró con desabrimiento, y al llegar á la barca del Gállego, por no permanecer en su compañía más

tiempo, se fué á pié, sin esperar á que le pasaran una cabalgadura, y cuando se vió solo con sus amigos, se dilató su pecho oprimido, y juró, invocando al cielo, lavar en la historia el recuerdo de aquellos dias con sangre de los rebeldes.

Durmió el rey en Pina, donde recibió el juramento de muchos nuevos parciales, que le habia allegado el rico-hombre D. Pedro de Luna; y despues de haber concertado algunas medidas para atajar la Union, prosiguió su camino hácia Cataluña, sin darse punto de reposo. Al otro dia, cuando vió destacarse entre las brumas del horizonte á Fraga, cuando consideró que iba á pisar tierra catalana, hermoso refugio de la paz en medio de aquel asolador torbellino de tormentas, «Bendita seas, exclamó, tierra poblada de leales, bendita seas de Dios nuestro Señor, que nos ha permitido salir libres de esa tierra traidora y rebelde, de Aragon. Mas como hay Dios, que me lo han de pagar bien caramamente.»

Luego que hubo llegado á Lérida, pensó en tener allí las Córtes de Castilla, para congraciar-

se con aquel país, y si remitió su pensamiento á más tarde, fué por temor de que el infante Don Jaime, rico heredero en aquella ciudad, le armase alguna celada. En este punto se vé la mano de D. Bernardo de Cabrera. Manda al rey que confie en su tio D. Pedro, hace ver á los catalanes de qué suerte habian sido tratados sus prohombres en las Córtes de Zaragoza, y previene que se estudie el remedio de aquellas rebeliones. Del fondo de estos estudios veremos salir primero la solucion de la fuerza, despues la solucion del derecho; luego cómo se extiende la libertad civil, cómo se merma la diferencia de condiciones, cómo se organizan los tribunales, y cómo, con los restos de las armas de la Union, se forja una espada inflexible por el Justicia, especie de serafin que guarda sigilosamente las libertades aragonesas. Alabemos este país, que no mata una libertad sino para hacer que de sus cenizas nazca otra más brillante, y más nueva, y más gloriosa.

En Lérida mismo asedió al rey con nuevas pretensiones el infante D. Jaime. Él resistió y di-

jo, que despues de celebrar Córtes en Barcelona y de verificar su nueva boda con la infanta Doña Leonor de Portugal, iria á Valencia á entender en el asunto de la Union de aquella ciudad, que tomaba muy mal semblante. Encaminóse el infante tambien á Barcelona, pero antes de llegar le asaltó súbita enfermedad. El rey cuenta que habia muchos festejos dispuestos, que rogó al infante mirase un hombre que corria por una delgada cuerda, corrida de una á otra ventana de Barcelona, y que el infante dolorido nada pudo ver, aumentándose su mal de suerte que espiró al llegar á su posada. Zurita en sus anales y Pedro Thomich en su historia de Cataluña, achacan al rey la muerte de D. Jaime. Pero muerto su jefe, ¿habia desaparecido la Union? Ya lo veremos en nuestro último artículo.

DON PEDRO IV Y LA UNION ARAGONESA.

ARTÍCULO CUARTO Y ÚLTIMO.

Muerto el infante D. Jaime, como vimos en nuestro artículo anterior, parecia decapitada la Union. Esto indadablemente hubiera sucedido en un pueblo de peor condicion que el aragonés, en uno de esos pueblos nacidos para esclavos, que guardan todo su entusiasmo para las personas, y nada reservan para las ideas. Aragon, pueblo libre, de condicion brava, amante de sus fueros hasta el delirio, conecedor de las instituciones en que estribaba su fuerza, moviéndose alentado por una idea, nada perdia por la muerte de un hombre, mientras quedase la ley escrita en los códigos.